

ESTUDIO DE LAS CASAS HABANERAS EN EL AÑO 1860

POR lo que tiene de interesante nos complacemos en reproducir el curioso trabajo que sobre las casas habaneras diera a la publicidad en el año 1860, en la "Topografía Médica de la Isla de Cuba" el Dr. Antonio Cano, profesor en aquella fecha de la Escuela de Medicina de la Universidad de la Habana, donde explicaba la asignatura de Fisiología.

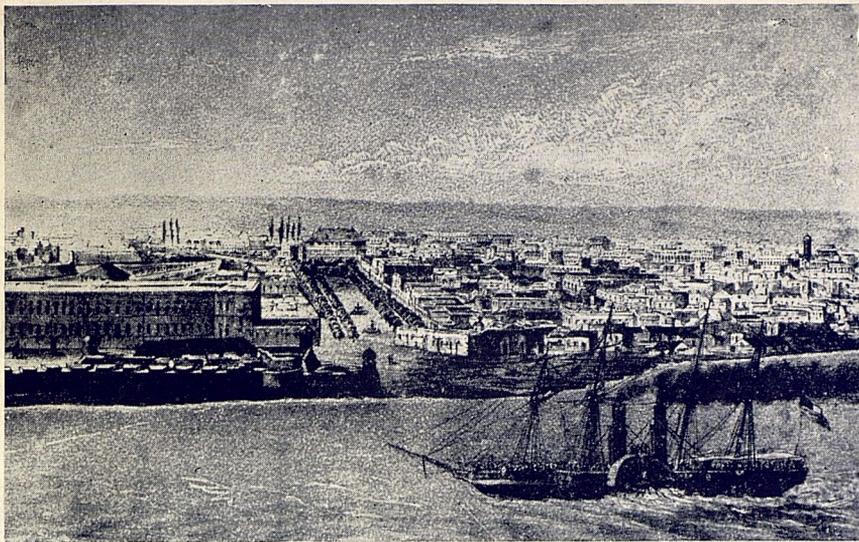
Este trabajo fué posteriormente comentado por Don Antonio Zambrana, calificandolo de muy valioso.

"Las casas de La Habana son de construcción mezquina y especial. Bajas generalmente, de mampostería y teja, con gran espacio de terreno, altas de puntal y grandes rejas de hierro en las ventanas que caen a las calles. Cuentan generalmente espaciosa sala, comedor, varios cuartos, patio y a veces traspatio, zaguán y algunas, cochera, como que el carruaje, mueble de primera necesidad, se halla siempre en la misma casa. Esta especie de construcción ya indica que cada familia vive en casa separada; no siendo bien visto vivir en casa de pensión, ni hoteles, como se acostumbra en otros países cultos.

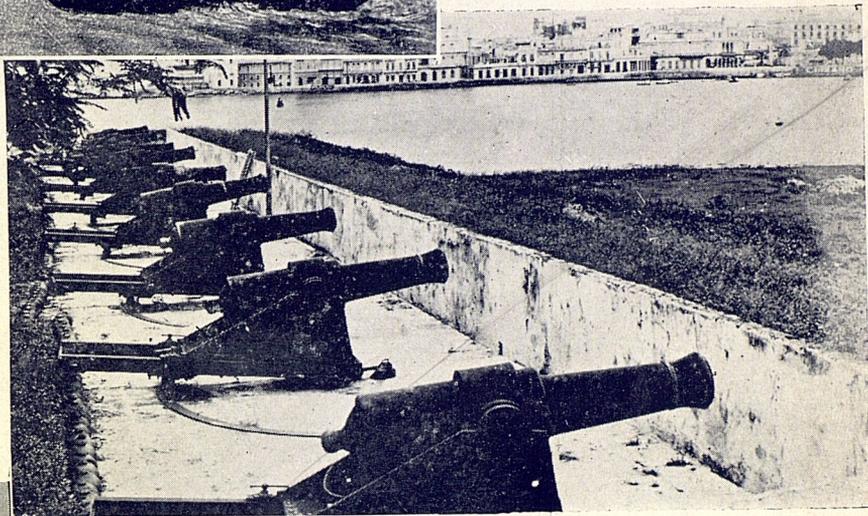
"Puesto que hasta ahora no se han comprendido entre nosotros los mejores consejos dados por los hombres de la ciencia para la construcción de nuestras casas conforme al clima que habitamos; y para que no se nos califique de demasiado severos por lo mucho que en sentido muy desfavorable podíamos decir de ellas, vamos a trasladar aquí algunas de las palabras con que un distinguido escritor nuestro se ha expresado sobre asunto tan importante.

"Puede disculpársenos, dice, el que nos detengamos en la pintura de una casa, porque las casas perfectas escasean por desgracia en nuestra capital, y no puede menos que llamar la atención de cualquiera el edificio que se eleve con todo el primor del arte entre la multitud de caserones, casuchas, covachas y gazaperas. La arquitectura

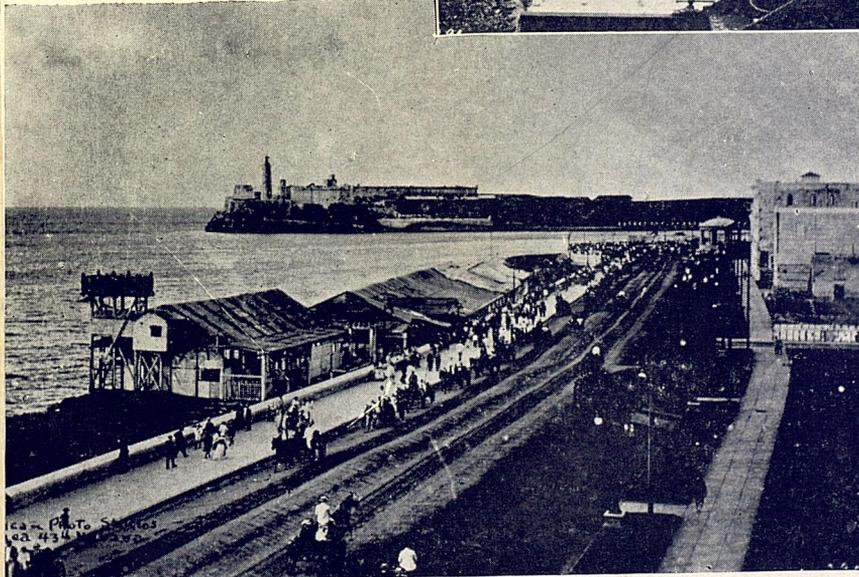
no solamente entre nosotros, ha hecho enemistad con el buen gusto. Los arquitectos han desaparecido como han ido desapareciendo ciertas razas de hombres y de animales, y también como ciertas clases de frutas. Los arquitectos, pues, han degenerado en obreros. Lástima grande por cierto que el mérito de los edificios estribe en el día solamente en el sitio y en el material. El obrero no tiene que hacer otra cosa más que hacinar lo uno sobre lo otro y decir ya está la casa. Todo el mérito está en la piedra o en la tierra, pero nada en el que dirige la fábrica. Antes los edificios servían para embellecer los lugares áridos, incultos, sombríos, los páramos, los peñascos infecundos, las rocas solitarias; el hombre ocupaba con una belleza el lugar en que la naturaleza no ostentaba belleza alguna y de este modo realizaba el hombre la misión de *completar*, imitaba a Dios, que hizo al hombre para que lo imitase. Pero en el día no parece que el hombre es el complemento de la creación y vemos que para hacer un edificio se anda buscando un lugar bonito, vistoso, lleno de árboles, de pájaros y de ríos, ¿y para qué?... esto es lo más chistoso... para cegar los ríos, matar los pájaros, arrancar los árboles y plantar en seguida la casa raquítica, mezquina, ética, enclenque, con muchas puertas, por las que les parece que bosteza la enferma; con unos techos planos, lisos, monótonos, como si por efecto de la enfermedad, se le hubiese caído el pelo a la pobre bastarda. Es decir, que hoy día no sólo, no tan sólo se deja en blanco la misión de completar lo bello, sino que se comete la barbaridad de afean lo bello, lo completo, y lo perfecto. Pero dejémonos de bromas; las casas peores son las nuestras. Y parecen más feas porque están acurrucadas. ¡Vive Dios! al pie de las majestuosas y esbeltas palmeras, y entre los pomposos bambúes y entre los aéreos pinos, en cuyo delicado ramaje resuena un bullicio grave como de gentes que recorren los salones de un elevado palacio, cuya abovedada techumbre es el firmamento con sus multiplicadas



Vista de la Habana tomada en el año 1855 desde el mar. Se ve en primer término el Castillo de la Punta, la antigua Cárcel y el Paseo del Prado, hoy de Martí.



La Cortina de Valdés, que existió junto al que fuera edificio de la Maestranza, incomprensiblemente demolido para construir el Castillito, donde se encuentra hoy la Jefatura de Policia.



Los célebres baños de San Rafael que existieron en lo que es hoy la Avenida del Golfo. Véase en la fotografía el muro del Malecón y la calle pavimentada.



lámparas. Donde se ostenta una vegetación tan bella, tan variada, tan florida, ¿cómo es posible que no se atine a tomar lecciones de la naturaleza para formar una casa elegante, esbelta, bien proporcionada, bien adornada, segura, aérea, vistosa elevada y conforme a los preceptos de la buena higiene? Comparo una de nuestras casas con uno de nuestros árboles y digo: "Más dichosos son los pájaros, porque tienen mejor puesto y mejor sombra".

"En tiempo de calor nuestras casas son inexorables, en tiempo de frío insufribles, porque sucede que el director de la fábrica no tiene presente más que la estación en que fabrica; si en verano, todo, todo se vuelven puertas y ventanas, si en invierno, hasta se suprime el patio. De aquí dimana que nuestra enferma arquitectura, enferma también a la gente, la contagia. Es claro, viva usted en tiempo de agua la casa que se fabricó en tiempo seco y verá como no necesita lavar los suelos, ni lavar los techos, ni lavarse usted mismo; verá usted, verá usted cómo los chaparrones se entran en esta casa con la mayor frescura del mundo. Toda casa aun cuando esté acabada de hacer parece más bien el resto de una casa que fué, parece más bien una ruina, porque en todo edificio echamos algo de menos, y vemos muchas cosas que no están en su lugar, arriba lo que debía estar a la izquierda. Y lo que es peor, siempre a un lado lo que debía estar en el medio. A propósito de esto se me ocurre una preguntilla: ¿Qué diría Víctor Hugo de nuestras casitas, él que se ha reído del gusto de Luis XV y la Pompadour? El que ha comprendido que un edificio es libro, al ver nuestros tabucos creería ver en cada uno de ellos un cuaderno de planas de muchacho que está aprendiendo a escribir, un libro descuadrado, un escrito sin puntos, sin comas, sin acentos, sin mayúsculas, sin ortografía... sin pies ni cabeza. Aquí vería el Quasimodo de los edificios, vería casas cojas, casas mancas, casas sordas, casas tuertas, casas jorobadas, casas preñadas, casas mal paridas, casas abortadas y lo que es peor, casas enfermizas.

"Agréguese a todo esto que los aposentos situados en el fondo de nuestras casas son malos, ya por su proximidad a los lugares repugnantes donde muy cerca también y por muchos días, se conservan las basuras, las aguas sucias y otras inmundicias; y si esto sucede en las casas de las gentes más acomodadas, ¡qué espantoso no

debe ser lo que pasa en la de los arrabales, en las habitaciones llamadas accesorias, habitadas por artesanos pobres que se disputan en ellas el aire caliente e impuro procedente de sus propias emanaciones! Recuérdese que en esos arrabales fué donde por la primera vez en 1833 se presentó el primer caso del cólera morbo epidémico, así como el mayor número de inválidos y de defunciones. También se concibe fácilmente cuanto puede influir en el desarrollo, curso y terminación de las enfermedades del país la constante respiración de un aire viciado por las emanaciones que se concentran en las casas donde se expenden carnes y pescados salados, habiendo notado durante el padecimiento de los que en ellas hemos asistido ese sello particular que jamás hallamos en los miembros de familia que respiraban mejor aire y no muy distantes de esos focos infecciosos. Nos detendríamos más en estas circunstancias propias del lugar donde se halla el enfermo, pero de ellas tendremos ocasión de tratar cuando hablemos del diagnóstico, del pronóstico y del tratamiento de las enfermedades propias de La Habana y sus alrededores.

"Las nuevas casas que de algunos años a esta parte se construyen son sin embargo, algo elegantes, regularmente distribuidas, de azotea y de alto generalmente, pero con algunos crímenes de lesa construcción y aún de lesa ventilación. Las más notables que pueden citarse en los intramuros son las conocidas por la de los O'Farrill en la calle de Cuba; la de Santovenia en la Plaza de Armas; la de Aróstegui (hoy Bolsa); la que acaba de construirse en la calle de Amargura esquina a la de la Habana; la de bastante elevación que toca a su término en la de Cuba esquina a Empedrado y algunas otras más señaladas por su extensión o solidez que por su elegante o atrevida construcción.

En los extramuros se pueden citar las bien situadas casas de D. Domingo Aldama, la de Larrzábal y otras en la calle del Prado y la de Galiano, llamando particularmente nuestra atención de la calle de Campanario nueve esquina a Virtudes, porque llena en parte las condiciones que exigen el clima y necesidades del país, así como por separarse del tipo monótono que han recibido las construidas hasta el día, debiéndose estas notables mejoras al buen conocedor de los preceptos higiénicos, señor D. Leandro Arozarena.